

Werner Herzog (coord.)

VAYA PAÍS

**Cómo nos ven los corresponsales
de prensa extranjera**

AGUILAR

Índice

<i>Dieciocho pares de ojos y un solo amor.</i> Prólogo de Miguel Ángel Bastenier	9
CAPÍTULO I. <i>Picadillo español. Los británicos al asalto del país.</i> Edward Owen (Reino Unido)	13
CAPÍTULO II. <i>A la búsqueda de un grito. La interminable lucha contra la burocracia española.</i> Jyrki Palo (Finlandia).....	25
CAPÍTULO III. <i>En el laberinto nacionalista. Venturas y desventuras de una catalanoalemana.</i> Barbara Schwarzwälder (Alemania)	33
CAPÍTULO IV. <i>El horario imposible. Tribulaciones de una americana que quiere trabajar.</i> Carlta Vitzthum (Estados Unidos)	45
CAPÍTULO V. <i>Un holandés en Catalunya. Sobre el Salvador, fútbol e integración.</i> Gerrit Jan Hoek (Holanda).....	55
CAPÍTULO VI. <i>El misterio de la salchichada. De la diferencia y la similitud.</i> Reiner Wandler (Alemania).....	69
CAPÍTULO VII. <i>Estudios comparativos. De cómo una inglesa aprendió a beber con dignidad y otras lecciones.</i> Elizabeth Nash (Reino Unido).....	77
CAPÍTULO VIII. <i>Episodios nacionales. Vivencias de una mexicana en la vieja y la nueva España.</i> Patricia Alvarado (México)	87

CAPÍTULO IX. <i>La información veraz y las magdalenas. Pequeñas diferencias en la interpretación de un concepto.</i> Henk Boom (Holanda).....	99
CAPÍTULO X. <i>España vista desde el arenero. Los niños, los mimos y lo contrario.</i> Cécile Thibaud (Francia).....	111
CAPÍTULO XI. <i>El discreto encanto de la tradición. Por qué tantos hombres españoles se visten como en la serie Cuéntame.</i> Michela Coricelli (Italia)	119
CAPÍTULO XII. <i>La inexplicable paciencia de los españoles. Sorpresas de una francesa fogosa.</i> Martine Silber (Francia).....	129
CAPÍTULO XIII. <i>¿Me entiende usted? De cómo los españoles son egocéntricos y cómo les va.</i> Werner Herzog (Suiza)	137
CAPÍTULO XIV. <i>Mis adorables vecinos. La verdad contada en las escaleras.</i> Martin Dahms (Alemania).....	149
CAPÍTULO XV. <i>Portugal existe.</i> Nuno Ribeiro (Portugal).....	161
CAPÍTULO XVI. <i>Cultura de palabras, cultura de silencios.</i> Masako Ishibashi (Japón).....	171
CAPÍTULO XVII. <i>Mi intento de convertirme en español. Un alemán entre fútbol, ruido y reglas nuevas.</i> Peter Burghardt (Alemania).....	179
CAPÍTULO XVIII. <i>Dulces horas. Mis inolvidables experiencias con las fiestas españolas.</i> Paul Ingendaay (Alemania).....	189
<i>Biografías de los autores</i>	199

Dieciocho pares de ojos y un solo amor

Dieciocho corresponsales extranjeros en Madrid de diez nacionalidades diferentes —si es que la portuguesa es de verdad extranjera— se han reunido para ofrecernos su particular visión de una España que ya no es del todo cañí, pero tampoco parece, a juzgar por la recopilación del caso, haber ingresado con la convicción suficiente en el Primer Mundo; o, mejor, que se ha fabricado un Primer Mundo a su manera, con escotillas para no perder del todo de vista el pasado.

¿Coincidencias? Una universal y muy estruendosa que afecta a todos nuestros visitantes que no padezcan de sordera aguda, pero que se exponen gravemente a ella después de algunos años entre nosotros: lo fuerte que hablamos los españoles, circunstancia que lleva aparejadas conocidas secuelas como la rotundidad con que opinamos pero no dialogamos, la indiferencia profunda hacia lo que piense el prójimo, y ello no tanto por afán de contradicción como por desatención absoluta a todo lo que no haya sido antes de nuestra cuenta. ¿Entronización de tópicos? Algunos también, como la oficina siniestra, el temple curtido en todas las desidias de la burocracia oficial, la paciencia de Job necesaria para sortear los vericuetos de la administración, la desorganización, la impuntualidad, el «viva-la-virgenismo» de los españoles con su inevitable subtexto de «eso-no-pasa-en-mi-país». Y alguna sorpresa como el capítulo de mi amiga, la ya ex corresponsal de *Le Monde*, Martine Silbert, que descubre en rigurosa primicia mundial que los españoles casi nunca protestan, son sumisos, segura-

mente algo indolentes y aquejados de fatalismo más o menos decorado de sabiduría de la vida, aunque también resultan acogedores, solidarios, positivos y optimistas.

Pero todo el libro está impregnado de simpatía, proximidad a los hechos, gratitud, conocimiento de una forma de vivir que recibe, en conjunto, una altísima nota por calidad, compañerismo, diversión, teatrillo de todas las peculiaridades locales o generales, tanto que lo que se deduce de la lectura de estas dieciocho versiones del quehacer de los españoles es que si España no existiera habría que inventarla, porque, si no, de qué escribirían los que nos visitan para quedarse una larga temporada, o en algunos casos de por vida, haciendo el canto de la extravagancia, la excentricidad, el folclore convertido en forma de vida. Es ésta, por tanto, una España básicamente verídica, pero a la manera almodovariana. Si el director de cine español ha tenido tanto éxito por ahí afuera, con especial trampolín internacional en la Francia que todavía se inspira en Merimée y Gautier, es porque cuesta despegar a España de la imagen de Grand Guñol que nuestros paseantes foráneos de Jorgito Borrow, el de las biblias, hasta el último en llegar, ayer mismito por la tarde, han popularizado de nuestro país.

De la lejanía o la proximidad relativa del lugar de procedencia de los corresponsales se deduce, por lo general, la apertura del angular con que nos contemplan. A mayor proximidad, más acercamiento detallista, estrechamiento del objetivo, utilización de la lupa para hacer una entomología apresurada del momento, el suceso, el pintoresquismo diminuto, hasta el extremo de que alguno ha tenido la suerte de captar el instante jamás repetido, ni antes ni después, como el del camarero que fabrica vino rosado delante del cliente, mezclando los contenidos de una botella de tinto y otra de blanco; y, de la misma forma, a mayor distancia cultural, el diafragma se amplía hasta abarcar lo omnigenérico, como la japonesa Masako Ishibashi, que nos mira con el entrañable y ameno estupor con que nosotros miraríamos a una tribu māsai, o a los propios ciudadanos del archipiélago nipón.

También hay verdaderos trabajos de investigación socio-etnológica, como el del suizo Werner Herzog, en los que se pasa revista y desentraña con formidable agudeza características muy ciertas de lo español —¿o deberíamos decir «castellano»?— encarnadas en el empleo del «mi» y el «yo», como en «me voy a operar», «doy clase», «me examino», locuciones todas en las que se niega al prójimo que nos opera, da clase o examina, cualquier clase de protagonismo; el otro es sólo un instrumento de nuestra voluntad, del que nos servimos en una impagable apología del «yoísmo». O la deliciosa pieza de la inglesa Liz Nash, otra gran amiga, en la que nos da una lección magistral sobre lo que es beber bien, comportarse con dignidad en medio de una controlada nube de vapores alcohólicos, al tiempo que la autora —ya diez años entre nosotros— caracteriza el estilo aleve y transeúnte del español cuando «va de copas» como una especie de via crucis al revés, hecho de bonhomía y placer de vivir.

Y, entre todos ellos, un capítulo que considero modestamente antológico, como es el del corresponsal portugués de *Publico*, Afonso —Nuno— Ribeiro, colega entre los colegas, prodigio de tenacidad de lo lusitano que se niega a diluirse en el aguarrás de lo hispánico con su afectuosísima reclamación a los españoles de que piensen que Portugal existe, que la similitud y la contigüidad hasta geográfica no dan ningún derecho a mirar directamente al océano por encima de la cabeza de Lisboa. Un fado de cariño, comprensión, buen derecho y autoridad para hablar de dos nacionalidades tan siamesas como las ibéricas.

En resumen, un bello, amable, divertido caleidoscopio de miradas próximo-lejanas sobre España, desde la que se funde sin fricción posible con el paisaje de la mexicana Patricia Alvarado —no en vano, natural de la Nueva España— hasta la esforzada conquista y apropiación de lo español por el alemán Peter Burghardt. Dieciocho verbos en estado de gracia que corresponden a cinco periodistas alemanes y un suizo —luego, nada menos que seis de ellos de lengua germánica—, dos británicos, dos franceses, dos holandeses —uno de ellos

con esa vinculación tan especial entre Barcelona y los Países Bajos llamada Johan Cruyff— y uno de cada país para Estados Unidos, Finlandia, Italia, Japón, México y Portugal. ¡Ojalá fuéramos tan estupendos como estos queridos corresponsales a menudo nos pintan! A todos ellos, paz y felicidad, cualquiera que sea su próximo destino aún sin salir de esta misma tierra, que será ya para siempre también la suya.

MIGUEL ÁNGEL BASTENIER

Periodista de *El País*.